

“Proceso en espiral” y “campo dinamico” *

Willy Baranger

RESUMEN

Pichon Riviere concibe el proceso analítico como “proceso en espiral” y enfoca la situación analítica como una unidad que puede ser objeto de estudio, en continuidad con los conceptos de Melanie Klein. Pero no así con los de Meltzer, quien considera el proceso analítico como “proceso natural” y a la posición depresiva, ideológicamente, como meta, por lo que habría que hablar de una concepción lineal unidireccional. Meltzer olvidaría que Klein describe la posición depresiva según dos perspectivas, una, genética, y otra, en la dialéctica evolución-involución. El modelo de Pichon, en cambio, permite conservar la complejidad de fenómenos regresivos y progresivos que se dan en el proceso analítico, manteniendo la diferenciación entre lo histórico y lo genético.

Esto lleva a plantear el problema del psicoanálisis en cuanto ciencia, y a discutir la comprensión de la situación analítica como situación experimental, sustraída de la historia. En este caso, la interpretación no alcanzaría al sujeto, que es historia.

Proceso en espiral designa una dialéctica específica, que implica las dimensiones del presente, del pasado que se repite y del futuro al que se abre. Hic, et nunc et mecum”, pero también como allá antes y como luego en otra parte. La interpretación rompe la repetición en la transferencia, al asumirse la repetición como tal, lo que permite que aparezca la dimensión prospectiva.

* *Escrito especialmente para la “Revista Uruguaya de Psicoanálisis”.*

El proceso en espiral parte de un punto presente, el “punto de urgencia”, que tiene en Pichon el sentido de punto de emergencia de algo enraizado en el pasado. Parte de una “fantasía de enfermedad” y apunta a una fantasía de curación” y en el trayecto se encarnan los acontecimientos concretos de la historia del sujeto.

El concepto de “campo dinámico” es vecino al de proceso en espiral, aunque apunta a describir las estructuras de unidades temporales menores. Permite entender la constitución recíproca del sujeto y del objeto y la necesidad de comprender a uno en función del otro. Campo designa a la vez el marco y la configuración de la situación analítica.

La idea del analista implicado en la situación tiene su traducción en la contratransferencia, lo que habla de una disimetría, ya que la forma de estar implicado del analista no es la misma que la del analizando. Esta disimetría se actualiza también en la atención flotante, la regresión, la ambigüedad, la dirección de la cura, y hace del analista algo muy diferente de la pantalla.

El desdoblamiento del analista dentro del campo se expresa en un fenómeno de doble mirada”. Una primera, que lleva al análisis de las asociaciones del analizando en la sesión. Una segunda, que se presenta ante los tropiezos de la primera y mueve al enfoque del campo en su conjunto y del analista como incluido en él.

Esta segunda mirada defiende de la constitución de un “baluarte», una zona de resistencia defendida por analista y analizando a la vez, y que podría estar en la base de muchas situaciones de impasse y de reacción terapéutica negativa. Otras estructuras típicas del baluarte serían la parasitación del analista por el analizando y el “campo perverso”, formado por la complicidad de analista y analizando para transformar el análisis en el sustituto de una actividad perversa.

La segunda mirada lleva también a modificar conceptos teóricos, a veces aplicados en una extensión excesiva. Por ejemplo, la omnipresencia de la transferencia, que borra la dimensión histórica del proceso analítico. O el papel de la identificación proyectiva, confundida a veces con la transferencia, y que no sería suficiente como sola vía para la definición del campo.

Esta noción de campo, originada en la psicología de dos cuerpos de Balint, se modificó con la comprensión de que este campo es una situación de tres. Porque no se trata de dos cuerpos, sino de “sujetos divididos”, de acuerdo con el concepto de Lacan, división que resulta de una triangulación inicial. Habría que hablar así de “campo intersubjetivo”, lo que plantea nuevas interrogantes. Entre ellas, determinar la acción específica de la palabra.

Resumen por S. P.

Resulta difícil —pero al final rendidor e inclusive necesario— para cualquier ser humano, situarse respecto de quién fue su padre, trátase de una paternidad en sentido estricto, familiar, o de una paternidad simbólica. En el caso mío respecto de Enrique Pichon Riviere, a la relación analista - analizando se agregaba la relación maestro - discípulo, y después la de un amigo mayor muy talentoso y admirado por mí, con un amigo menor en vías de crecimiento. Este es el marco, pasado y sin embargo muy presente para mí, de estas líneas. Es un trasfondo muy personal para un escrito que no quiere ser ni el relato de una historia individual mía, ni un panegírico a él.

Las formulaciones a las cuales llegó Pichon Riviere acerca del proceso analítico como “proceso en espiral” se ubican históricamente en forma aproximada entre los años 1954 y 1958, en cuanto a la evolución intelectual de su autor. Compartimos con el grupo de fundadores de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay el período de gestación de estas ideas en Pichon Riviere, en el curso de muchas veladas “seminarias” en el pleno sentido del término. ¿Qué estudiábamos en esas veladas? Las cartas de Freud a Fliess, los últimos trabajos de Freud: “Análisis terminable e interminable”, “Construcciones en el análisis”, y también otros autores, por ejemplo Henry Ezriel (“La situación analítica como situación experimental”), sin olvidar ni a Melanie Klein, ni a Paula Heimann.

Pero Montevideo, la ciudad, tenía otro valor afectivo para él, además del valor encerrado en nosotros, los que éramos sus habitantes. Otro valor que se resume en el nombre de “Maldoror” —o “Lautréamont” o “Isidore Ducasse”—. Enrique Pichon Riviere compartía con nosotros el objetivo (¿en parte el mito?) de una institución psicoanalítica más libre, más creativa, más permeable al conocimiento de la locura, menos encerrada en ortodoxias conceptuales y en rivalidades de prestancias pequeñas, que las instituciones conocidas. Maldoror, como lema, no estaba mal. Mal de auroras (“Mal d’aurores”), solíamos decir. Lo que tampoco descarta el “Mal de horror” aludido en los “Cantos”. Tuvimos, él y nosotros, de todo: bienes y males, auroras y horrores, con neto predominio de las auroras. Ahora podemos hacer el balance.

Mi sentimiento es que Pichon Riviere llega en estos años a una punta extrema de la teorización psicoanalítica, previa al movimiento que lo va a llevar más y más hacia la psicología social, y, por lo mismo, a apartarse de nosotros.

Pero trataremos de volver a ubicarnos en estos años, creativos y llenos de entusiasmo. Alrededor de Pichon Riviere, en Buenos Aires, se mueve toda una corriente de pensamiento psicoanalítico, sin desmedro de otras corrientes, igualmente activas y creativas. Muchas personas estudiamos en constante interacción con él: Jorge Mom, David Liberman, José Bleger, Edgardo Rolla (que citar apenas unos pocos no sea olvidar a todos los demás). En este ambiente muy efervescente, cada uno aporta lo que piensa y esto puede ser reminiscencia de alguna idea sembrada por Pichon Riviere, o algún aporte nuevo. Sería imposible decir —pero al final no tiene mayor importancia saberlo— quién produjo y quién recibió tal o cual idea, con tal de que tengamos en cuenta que Pichon Riviere nos dio a cada uno mucho más de lo que él podía recibir de nosotros.

La concepción de Pichon Riviere del proceso analítico como “proceso espiral” es la síntesis de todo este conjunto de preocupaciones. En este contenido tenemos que incluir también los aportes de Enrique Racker al estudio de la técnica psicoanalítica, y en particular sus estudios (muy novedosos en el momento de su publicación, ya que sólo el primer trabajo de Paula Heimann sobre el tema es anterior), sobre la contratransferencia. Ahí nace la idea de Pichon Riviere de enfocar la situación analítica como una unidad que puede ser

objeto de estudio.

Curiosamente —y la referencia a Paula Heimann da la pauta de esta extrañeza— ésta es la época más “kleiniana” de Pichon Riviere. Precisamente en la época en que Paula Heimann se aleja del movimiento kleiniano a raíz de sus discrepancias acerca de la función de la contratransferencia en el proceso analítico, Pichon Riviere se aproxima simultáneamente a Paula Heimann y a Melanie Klein. La paradoja es sólo aparente si pensamos en la total independencia de espíritu de Pichon Riviere respecto de las escuelas, y de las querrelas de escuelas.

¿Por qué, entonces, estoy hablando de “época más kleiniana” de él? Estos años corresponden también al progresivo descubrimiento del análisis de niños, según su forma kleiniana, por Arminda Aberastury de Pichon Riviere, quien fue el conducto natural —entonces conyugal— mediante el cual este descubrimiento le llegó, al mismo tiempo que Arminda nos lo enseñaba.

Si uno la mira sin prejuicios, quiero decir, sin los prejuicios de una época ulterior, la teoría del “proceso en espiral” está en una continuidad bastante sostenida con los principales conceptos kleinianos. No con los conceptos ulteriores de Donald Meltzer, en su libro sobre “El proceso analítico”, desde luego, ya que éstos con bastante buen fundamento, podrían ser cuestionados desde una correcta perspectiva kleiniana.

El “proceso en espiral” no admite la brújula de la posición depresiva para designar la dirección del análisis. Uno podría decir que la concepción de Meltzer es lineal unidireccional (paso de la posición esquizo-paranoide a la posición depresiva, considerada *ideológicamente* como meta), mientras el modelo en espiral puede incluir la posición depresiva como uno de sus momentos no forzosamente más evolucionado ni más positivo que el anterior. Por lo menos, el modelo de Pichon Riviere nos permite conservar la variedad ténica y la complejidad de los fenómenos progresivos y regresivos (y regresivos con disfraz de progresivos), que se dan en un proceso analítico.

En su descripción del proceso analítico, D. Meltzer parece olvidar que M. Klein, en su trabajo fundamental acerca de “La vida emocional del lactante, describe la posición depresiva según dos dimensiones distintas: primero, la “posición depresiva infantil”, ubicada en una perspectiva genética entre los tres y los seis meses de edad aproximadamente, y segundo, la posición depresiva

que se ubica en la dialéctica de la evolución - involución que caracteriza la vida psíquica en toda su desarrollo temporal, como uno de los polos de esta dialéctica. El proceso analítico no podría describirse en esta perspectiva, como “un proceso natural” (Meltzer) semejante al crecimiento de una planta que tiene que recorrer determinados estadios para llegar a la planta adulta. La parte realmente importante del “crecimiento”, si uno se aferra a la metáfora botánica, viene después del establecimiento de la posición depresiva:

“Desarrollos ulteriores y modificación de la angustia”, titula M. Klein la tercera parte del citado trabajo.

Este malentendido teórico (entre las formulaciones de M. Klein y las de D. Meltzer, en la medida que estas últimas no se sitúan explícitamente en una posición de ruptura con la teoría de M. Klein) no existiría si uno admitiera el concepto de “proceso en espiral”.

La razón de esta posición adelantada del concepto de Pichon Riviere con respecto a “kleinianos” ulteriores y aparentemente más ortodoxos en su línea kleiniana, radica en la diferenciación que establecía Pichon Riviere, y con él todo lo más lúcido del psicoanálisis actual (a mi criterio), entre lo histórico y lo genético. Aquí surge uno de los problemas que nos estuvo preocupando en aquellos años montevideanos: el problema del psicoanálisis como ciencia, y el tipo de relación que puede tener con las ciencias experimentales y con las ciencias del hombre.

Pichon Riviere dio mucha importancia al problema planteado por Henry Ezriel en sus trabajos acerca de la situación analítica. El “ideal” que ahora consideramos como radicalmente equivocado, que formula la situación analítica como una situación experimental donde determinada constelación (o Gestalt) de elementos manifiestos, al ser entendida y formulada por el analista al analizando, provoca en éste una restructuración de la situación inicial, si bien no traduce con propiedad lo que ocurre en una situación analítica concreta, ni puede en términos rigurosos rendirnos cuenta del proceso, expresa sin embargo algo importante de este proceso. Frente a una situación analítica dada, el analista interpreta algo: si lo que interpreta se limita a la situación presente, cualesquiera que sean los elementos de esta interpretación, no sale de la situación presente. Se trata de una traducción de

lo que dice, hace, o manifiesta el analizando en otros términos. Pero, lo que aparece desdibujado en la descripción de Ezriel es la dimensión histórica implicada en este proceso interpretativo. Si la interpretación no incluye la historia no puede alcanzar al sujeto, porque el sujeto es historia. Es su historia individual, la historia mítica de su familia, de su grupo religioso o étnico, de su nación, de la humanidad. El sujeto existe en virtud de sus próceres. Estas fórmulas, las escribo ahora sin sorprender a nadie. Menos todavía podrían sorprender a cualquier lector de Freud. Sin embargo, hubo una época en que esta “rehabilitación” de la historia en nuestra técnica común pudo parecer como una cosa novedosa. Recordaré al respecto la visita de Herbert Rosenfeld a Buenos Aires en 1975, rescatando un aspecto olvidado del pensamiento de la propia M. Klein (y expresado en reiteradas oportunidades a lo largo de su obra), donde mantenía la vigencia de la historia en el quehacer corriente del analista.

Lo que apareciera, más tarde, desdibujado y casi borrado en la obra de Meltzer, aparece al contrario recalcado y puesto en el primer lugar —el que le corresponde— en la teoría del “proceso en espiral”. Esta teoría evidencia el carácter dialéctico del pensamiento de Pichon Riviere. Por “dialéctico” no aludo aquí a ninguna de las formas específicas del hegelismo —por supuesto conocidas por él—, sino a la corriente de pensamiento originada en Sócrates y llevada por Hegel a una determinada forma metódica. La lectura de Freud por Pichon Riviere —y de M. Klein— me parece así más fecunda que muchas lecturas actuales de uno y otra, y más abierta para que nuevos investigadores agarren la antorcha.

Proceso en espiral designa una dialéctica específica del procedimiento analítico en la temporalidad. “Hic et nunc” (aquí y ahora) dice Ezriel, traduciendo en forma equivocada la tendencia de M. Klein a conservar la vigencia de la dimensión histórica del sujeto, aunque, es cierto, no la diferencia claramente de los conocimientos adquiridos acerca de su evolución psicogenética. “Hic et nunc et mecum”, dice Pichon Riviere, aquí, ahora conmigo, pero agrega “como allá y antes” y también “como más adelante y en otra parte”. La dialéctica designada por el proceso en espiral implica todas las dimensiones temporales, tanto el pasado que viene a repetirse en el presente de la situación analítica, como el futuro que en ella se abre en forma de prospectiva.

El impacto específico de la acción interpretativa del psicoanálisis está precisamente aquí, en la repetición que se produce en el nivel transferencial y que se rompe mediante la interpretación, al tiempo que se asume como repetición. Esta ruptura es lo que permite que se abra la temporalidad hasta entonces encerrada en el círculo vicioso de la repetición y aparezca la dimensión prospectiva del porvenir rescatado de la compulsión repetitiva. Por esto el vaivén del proceso analítico recorre, en un sentido y en el otro, hacia el pasado y hacia el futuro, las distintas vueltas de una espiral sin comienzo absoluto (ni en el nacimiento del sujeto, por supuesto) y sin final predeterminado (salvo su muerte ineludible pero no determinada). La superposición de las curvas de la espiral ilustra esa mezcla de repetición y no repetición que se observa en los acontecimientos característicos del destino de una persona, ese movimiento conjunto de profundización dentro del pasado y construcción del porvenir que define el proceso analítico. Así vemos las estructuras repetitivas que constituyen la ley interna del destino individual superponerse en distintos momentos de la historia, en distintos niveles de la constitución de la persona, oscilando entre el delecto repetitivo de una misma palabra —la que se inscribe en la espalda del culpable de la “Colonia penitenciaria” de Kafka— y la composición de sus letras en una palabra nueva: repetir y elaborar. El modelo tridimensional de la espiral está en continuidad directa con “Análisis terminable e interminable” y con el concepto de la temporalidad desarrollado por Freud en esta obra.

El movimiento en espiral parte de un punto en el presente —con una configuración que se da en el marco de la situación analítica— que es el punto de acceso a la dialéctica de la espiral. Pichon Riviere lo llamaba “punto de urgencia”. Si bien la denominación es tomada de algunos trabajos de Melanie Klein, resulta fácil constatar que Pichon Riviere le atribuía un contenido bastante distinto y más elaborado que M. Klein. Para ella el punto de urgencia está definido en virtud de lo que se impone interpretar para que el movimiento del análisis pueda seguir adelante, y el indicador de su ubicación en cada momento es la angustia, ya sea en forma manifiesta, como despliegue angustioso dentro de la sesión, o latente, escondida detrás de una inhibición o una detención de las asociaciones o del juego si se trata del análisis de niños.

Pichon Riviere entendía el punto de urgencia como emergencia de algo, una situación enraizada en el pasado del sujeto y que tendía a invadir la situación presente. Los horrores de la locura emergiendo del pasado: si uno no quiere zambullirse en ellos, uno queda preso, y ninguna aurora puede cantar.

El punto de urgencia está en la emergencia de la locura. Pichon Riviere había entendido esto de su experiencia psiquiátrica anterior o contemporánea de su experiencia analítica. Acostumbraba situarse a sí mismo en el borde peligroso de la locura: ni del todo de aquel lado, ni del todo de este lado. Por ello se dio su participación en la experiencia surrealista, que podía expresar en forma literaria lo que él estaba haciendo. Toda su vida y toda su enseñanza se ubican en este borde peligroso, y no se podrían ubicar *en ninguna* otra parte.

El proceso en espiral, que recupera dentro del marco de la situación analítica las distintas caras del destino de un sujeto, que van modificándose a cada vuelta de la espiral, tiene su raíz en configuraciones arcaicas previas a la diferenciación de la existencia del sujeto en mente, cuerpo y mundo, sus “áreas” interrelacionadas y *constitutivas*.

Puede decirse que el sujeto define su destino entre una configuración inicial que le confiere la base de su individualidad, y apunta a una configuración final que constituiría, para él, la resolución del enigma planteado en el punto de partida. De donde el concepto de “enfermedad única”, unidad del individuo detrás de las divisiones fenoménicas que la hacen expresarse a veces en forma de síntomas psicológicos, a veces en el área de lo orgánico, y a veces en su coexistencia con los demás, con los grupos, la sociedad o la cultura. En otras palabras, la espiral del proceso analítico parte de una “fantasía de enfermedad” y apunta a una “fantasía de curación”. Este trayecto se va encarnando en los acontecimientos concretos de su historia, que confieren sus distintas caras a la evolución del sujeto, lo mismo que distintas fotografías de la misma persona, tomadas *en* edades distintas, nos pueden mostrar como una misma fisonomía se va modificando en las distintas edades, sin dejar por ello de ser la misma. El destino misterioso y peligroso de Isidore Ducasse, “Conde” de Lautréamont, del cual buscábamos en Montevideo las huellas casi todas borradas en archivos estropeados por el tiempo —salvo la tumba de su padre, que existe todavía en el antiguo cementerio de la ciudad—, tenía para Enrique Pichon Riviere un valor paradigmático.

Desde el misterio de su nacimiento, hasta su desaparición final en la tormenta de 1871 (el sitio de París - La Comuna), sin que nadie pueda decir con seguridad ni cuándo ni cómo murió, su destino queda marcado por un sello de siniestro que todos los seres cercanos a Lautréamont parecen haber sentido agudamente, hasta hacer desaparecer todo rastro de su existencia real aun sus retratos y fotografías, de tal manera que lo único que disponemos acerca de su apariencia física son retratos imaginarios. Enrique Pichon estuvo siempre — desde que lo conocí— pensando, redactando, proyectando publicar su obra sobre Lautréamont. Con variantes, el título era “Lo siniestro en el destino y en la obra de Lautréamont”, y Enrique estaba convencido que la potencialidad de siniestro encerrada en este destino y en estos “Cintos” era tal que resultaba peligrosa para cualquiera que quisiera frecuentarlos con demasiada cercanía. Detrás de las formulaciones mágicas o de humor negro con que solía expresar este sentimiento, uno podía leer, si prefería esta formulación *abstracta*, la peligrosidad de Lautréamont, como objeto de identificación, *para* ciertos seres.

El destino de Lautréamont, el destino de cada persona, responde a una organización inconciente semejante a lo que Freud descubrió como neurosis de destino, mito de los orígenes, novela familiar. Es también lo que se revela para quien está dispuesto a escucharlo, en la primera sesión de un proceso psicoanalítico.

Este concepto de la fantasía de enfermedad como construcción inconciente originaria, suena particularmente actual, y no podría parecer extraño a la luz de los desarrollos más recientes del pensamiento analítico: pensemos, por ejemplo, en los estadios de Leclair sobre el representante narcisístico primario, sus vicisitudes y metamorfosis.

La fantasía de curación como meta *inconciente del* proceso analítico se origina en la fantasía misma de la enfermedad, como medio optativo de transformarla o de eludirla. La “curación” de una persona, no pudiendo surgir sino de lo más profundo de su individualidad, no puede ser proporcionada por ningún decálogo de salud mental, por ningún manual de adaptación a un tipo de existencia externamente determinado. Tiene sus formas arcaicas, omnipotentes, irreales, pero también sus elementos integrables en otras configura-

ciones que quedan por inventar en las vueltas de la espiral.

EL “CAMPO BIPERSONAL DINÁMICO”

El concepto que tratamos de formular, Madeleine Baranger y yo, en un trabajo del año 1962, “La situación analítica como campo dinámico”, se origina en las mismas preocupaciones teóricas y técnicas que compartimos con Pichon Riviere durante los años de elaboración de su teoría del proceso en espiral. Se trata de un concepto muy vecino, introducido en forma ulterior al proceso en espiral, no en contradicción con éste, pero tampoco en su prolongación directa.

Se sitúa como una línea de pensamiento cercana pero orientada en forma distinta a partir de un punto de origen común. El proceso en espiral apunta esencialmente a dar cuenta del desarrollo temporal del proceso analítico, de sus vueltas, repeticiones, elaboraciones, en la alternancia de la regresión y de la progresión, de la dialéctica de la historia y de la temporalidad que lo caracteriza. El “campo bipersonal” apunta a describir con mayor precisión de la que se había conseguido hasta entonces la estructura de la situación analítica y su dinámica, no enfocándola en la totalidad de su desarrollo en un tratamiento analítico, sino en entidades temporales menores: una sesión, o parte de ella, o un grupo de sesiones. No considerábamos que estábamos proponiendo una teoría alternativa de la de Pichon Riviere, sino más bien una teoría complementaria que se podía articular con la suya, pero cuyos puntos esenciales estaban ubicados y enfocados en forma distinta.

Retrospectivamente no pensamos que nuestro “narcisismo de las pequeñas diferencias” haya influido mayormente en esta diferencia de enfoque: la referencia de Pichon Riviere, explícita en este trabajo, no es de cortesía, sino de fondo.

¿Por qué introducir el concepto de campo en la descripción de la situación analítica? El concepto tiene su origen fuera del psicoanálisis, en la teoría de la *Gestalt*, para designar el conjunto de relaciones interactuantes entre una pluralidad de elementos que constituyen una estructura; en la fenomenología, para designar la constitución recíproca del sujeto y del objeto en una función determinada (el campo perceptivo, por ejemplo) y aquí la “Fenomenología de la percepción” de Merleau-Ponty parecía imprescindible; en la psicología de Kurt

Lewin, aunque ésta se diferencia de toda psicología analítica por varios aspectos fundamentales. También tuvo una concreta influencia sobre nuestra formulación la experiencia que teníamos de psicoterapia analítica de grupos, de la repartición de papeles, funciones, sentimientos entre los distintos integrantes de un grupo terapéutico y de las fluctuaciones de esta repartición.

Nos parecía entonces —y esto sigue válido para nosotros— que ni el analista, ni el analizando, una vez implicados en una situación analítica y en un proceso, podían ser descritos ni entendidos como personas aisladas, sino en función uno del otro; que la situación analítica misma podía ser descrita como una totalidad estructurada cuya dinámica resultaba de la interacción de cada una de ellas sobre la otra y de la situación analítica sobre ambas, en una causación recíproca.

Como esta estructura cambiante se desarrolla dentro de un mareo pre-establecido por contrato y relativamente estable —aunque esta estabilidad pueda ser modificada en virtud de cambios que se van operando dentro del proceso mismo— nos resultó de aplicación evidente y necesaria el concepto de campo para designar a la vez el marco de la situación, la configuración funcional que determina su finalidad y su procedimiento, los cambios de configuración que allí se producen y la repercusión que tienen estos cambios en las dos partes.

La aplicación del concepto de campo a la situación analítica —que se sitúa por otra parte en la línea de lo que proponía Balint como “Two bodies Psychology”, entendiéndolo por esto que se trata de dos personas presentes en carne y hueso, pero de más personas en ausencia y efigie—, implicaba el conferir su pleno estatuto teórico a lo que Freud y mucho después Paula Heimann y Enrique Racker hablan descrito como “Contratransferencia”. La idea sostenida por Racker de la contratransferencia como dimensión normal constante, utilizable (salvo en algunas de sus formas extremas y paralizantes) para el desarrollo del proceso analítico, significaba que el analista está implicado como parte integrante en el campo, no solamente con su esquema referencial, sino con su experiencia personal, analítica y otra, sus conflictos actuales y pasados, su inconsciente. Esto no quiere decir como se ha entendido a veces, que el analista esté implicado en el campo de la misma manera que el analizando. La

funcionalidad del campo exige una disimetría radical entre la función del analista y la del analizando. Esta disimetría funcional se manifiesta en muchísimos puntos. Citemos tan sólo algunos. El analizando tiene que asociar libremente; Freud ha definido de qué se trata. El analista también asocia libremente, pero acerca de las asociaciones del analizando: es lo que Freud ha definido como “atención flotante”. El analista no se distrae; si lo hace, no se golpea el pecho reprochándose su falta de conciencia profesional, sino interroga su distracción. ¿Qué ha podido producir este alejamiento aparente con relación al analizando? El contenido de sus pensamientos “flotantes”, ¿no tendrá relación con lo que dice o esconde el analizando? La atención flotante no flota al azar, y las corrientes que la llevan emanan de los procesos subyacentes en el campo.

Otra disimetría se nos presenta en cuanto a la verbalización de las asociaciones libres: el contrato analítico compromete al analizando a comunicarlas al analista, hasta que pueda. Otro aspecto del control, tácito éste, obliga al analista a *no* comunicarlas al analizando, sino en la forma muy especial del resultado de un procesamiento donde su asociación permite entender algo que pasa en el analizando, y se lo formula en términos fundamentados en sus propias asociaciones y referidos exclusivamente a él. Siempre fuimos convencidos que otro tipo de uso de la contratransferencia, lo que se suele llamar confesión contratransferencial en todas sus formas es casi siempre nocivo y confusionante para el analizando. Una excepción de esta regla sería el reconocimiento por el analista de la realidad de un acto fallido suyo percibido por el analizando y su posterior análisis (en la medida que se pueda entender, pero siempre apuntando al analizando).

Asimismo, se suele reconocer que la situación analítica induce una cierta dosis de regresión en el analizando, y, eventualmente en el analista. Esta regresión del analista es útil en la medida que le permite resonar frente a ciertas tensiones y ciertos aspectos encubiertos del campo. En la medida que pasa de ciertos límites en intensidad, o adquiere ciertas formas cualitativas puede tornarse contraproducente por el borramiento de los límites entre el analista y el analizando. En este caso la percepción de su estado regresivo por el analista puede servir de señal de alarma frente a una patología del campo, y volverse la ocasión de un vuelco positivo en el proceso.

En nuestra descripción del año 1961, tratábamos de estudiar la ambigüedad de la situación analítica. Allí también hubiéramos podido marcar las diferencias entre la ambigüedad del analista y la del analizando. Éste, al aceptar su inclusión en el campo, al aceptar la temporalidad atemporal del proceso, se ubica al principio en una zona de realidad - irrealidad donde ocurren acontecimientos y sentimientos que pueden tender a borrar los límites entre el proceso analítico y la vida "real". Si el analista restablece después estos límites, un momento de psicosis transferencial puede resultar muy provechoso. Pero, si el analista pierde la necesaria ambigüedad, el proceso cae en el deterioro.

Se podrían multiplicar los ejemplos de puntos a propósito de los cuales la disimetría del campo se vuelve patente e imprescindible. La "dirección de la cura" pertenece indudablemente al analista, así como la responsabilidad de mantener en la medida que pueda, las condiciones necesarias que le permitan proceder.

Cabría por lo tanto recalcar la dualidad de las inclusiones del analista en el campo. Por un lado, él es quien establece la regla del juego, los límites y el tipo de funcionamiento del campo, y los mantiene. El analizando tiene que aceptar, no sólo verbalmente, sino también con su comportamiento y su cumplimiento, las reglas que determinan la posibilidad del análisis. Pero, por otro lado, el analista está incluido dentro del campo como interlocutor presente, como *objeto* (y no pantalla) para el analizando, como resonador de las comunicaciones del analizando, como instrumento de su propio trabajo.

El desdoblamiento de la función del analista dentro del campo se expresa en una dualidad de visión, o de mirada, fenómeno bien conocido de todos nosotros, aunque poco estudiado porque lleva directamente a la contratransferencia, a la que la mayoría de los analistas preferiría evitar. Tenemos que diferenciar en toda sesión analítica dos clases de mirada: una mirada primera o simple, que enfoca el material asociativo proporcionado por el analizando: analizamos un sueño, por ejemplo, relacionando los elementos del contenido manifiesto con las asociaciones, descubriendo los restos diurnos que intervinieron en la composición del sueño, estableciendo relaciones de este sueño con sueños anteriores, con recuerdos ya contados por el analizando, con su si-

tuación actual en relación con otras personas, etcétera. Mientras este trabajo prosigue sin tropiezos, no salimos de esa mirada en primer grado. Pero, si se produce un tropiezo en este trabajo, si surge en nosotros algo raro, un sentimiento definido, una reacción corporal, una fantasía extra-temporánea, va sentimos la necesidad de cambiar la ubicación de nuestra mirada y de enfocar no sólo al analizando sino al campo en su conjunto, nosotros mismos incluidos dentro de él. La segunda mirada es la que incluye la auto-observación del analista

Pasa aquí algo semejante a lo que Freud describió como señal de la aparición de la transferencia: el fluir del relato del analizando se encuentra detenido o interferido en alguna forma. Las asociaciones tropiezan contra un obstáculo y sabemos entonces que el analizando está ocupado por pensamientos o sentimientos referidos al analista. Esto invita al analista a dirigir su mirada sobre la situación transferencial, sin dejar el nivel de la primera mirada. No se trata de un obstáculo al trabajo del analista sino de uno de sus instrumentos esenciales.

Pero puede ocurrir una situación distinta: el analista siente su propio trabajo interferido y la señal puede ser: “no entiendo nada de este sueño”, o bien: “¿qué le puedo decir a mi analizando que no sea pura repetición?” Esto —y muchas señales distintas— es la invitación a pasar a la mirada de segundo grado, a englobarse en el campo y a mirarlo como conjunto. Mucho más todavía si se trata de un fenómeno que se repite en un grupo de sesiones o en un período entero del análisis. La necesidad de la mirada de segundo grado es dada por la traba momentánea o crónica, de la funcionalidad del campo. Si todo anda bien, el automovilista mira la carretera; si se detiene el coche, o si se producen ruidos raros, o si se prenden determinadas luces rojas en e¹ tablero, hay que mirar otras cosas. Hasta que se resuelva la traba, el viaje no puede proseguir.

Es sabido que todo proceso analítico tiene que vencer resistencias en el analizando: un analizando que no presentara resistencias, hipotéticamente, no tendría necesidad de analizarse. Racker, al formular el concepto de contrarresistencia, enriqueció considerablemente la comprensión de este fenómeno. La resistencia del analizando genera una resonancia en el analista, y se produce un “enganche” entre resistencia y contrarresistencia que puede paralizar o par-

cializar el proceso. Si este enganche se cronifica, se produce lo que hemos llamado un “baluarte”, es decir, una zona defendida incluyendo elementos de ambos participantes, que escapa a la movilización del campo, a la posibilidad de verbalización y de elaboración, y que crea una situación que limita el alcance del análisis, y que puede llegar a provocar su total fracaso. Muchos fenómenos que se suelen describir como “reacción terapéutica negativa”, “impasse analítico”, “inanalizabilidad”, “limitaciones del proceso analítico”, son en realidad atribuibles a la formación de tales baluartes, y pensamos que parte de ellos podrían solucionarse en forma más satisfactoria por una utilización más conciente y determinada de la mirada de segundo grado.

Esto no quiere decir, naturalmente, que rechazemos la existencia de la reacción terapéutica negativa, de los pacientes inanalizables, o de las limitaciones del análisis, pero tiene la ventaja de dar cuenta de un hecho bien conocido, y del cual no se han sacado debidamente todas las consecuencias; que un analizando no es el mismo con un analista que con otro; que no hay dos procesos analíticos iguales; que el fracaso de una persona con un analista no significa forzosamente que va a repetir este fracaso con otro analista. Lo que relativiza en forma apreciable el concepto de inanalizabilidad.

Una descripción detallada de las estructuras típicas de baluartes y un cierto entrenamiento para usar la segunda mirada, reconocerlos y desmenuzarlos, permitirían dinamizar otra vez muchos procesos paralizados o, eventualmente prevenir la formación de tales baluartes. En distintos trabajos, hemos tratado de describir estas estructuras patológicas del campo. Hemos descrito así el fenómeno de “parasitación” del analista por el analizando, fenómeno por el cual la simbiosis que se produce normalmente en el campo desborda sus límites espacio - temporales, y el analista se siente en una u otra forma “habitado” por el analizando, durante los fines de semana, por ejemplo. Este fenómeno nos pareció patognomónico de una desestructuración del campo y de su invasión por procesos psicóticos (sea o no el analizando un psicótico en el sentido clínico). Es decir que se trata de una señal de alarma indicando una situación potencialmente peligrosa para el análisis.

También hemos estudiado el “campo perverso” en el cual analista y analizando entran en una complicidad tácita, inconciente por lo menos en su mayor parte, para transformar el acto de analizar o analizarse en el sustituto de una

actividad perversa (en el sentido estricto de este término), por ejemplo sadomasoquista. En algunos otros casos el analizando, en el papel del sádico, aprovecha la libertad de decir lo que quiere para humillar, despreciar, insultar al analista y reducirlo así al papel de víctima masoquista. En otros, el analizando viene a la sesión para recibir gozoso su dosis de flagelación. Sin hablar de las múltiples formas de campo paralizado por baluartes de tipo neurótico

Esta mirada de segundo grado es la que se da en forma materializada en cualquier situación de supervisión, con la diferencia de que se trata de dos personas distintas que miran lo que hace una de ellas al analizar a una tercera. La supervisión en sí, es mirada de segundo grado, y el entrenamiento que proporciona consiste, antes que todo, en acostumbrarnos a ejercer nosotros mismos esta mirada enfocada hacia el campo.

La introducción de la idea de “mirada de segundo grado” nos lleva a modificar, si no la idea central de nuestro trabajo de 1961, que nos sigue pareciendo valedera, por lo menos cierto número de conceptos relacionados con esta idea. La mayor parte de los conceptos que nos parece que deben ser modificados resultan de una extensión demasiado ampliada de conceptos en sí valederos. Por ejemplo, no pensamos en la actualidad que el campo se puede definir por la transferencia - contratransferencia. Esta definición descansaba sobre un concepto exageradamente extenso de la transferencia como todo lo que piensa, siente, imagina, experimenta el analizando con respecto a su analista. La transferencia, así entendida como reacción global del analizando frente al analista, se convierte en una dimensión constante y omnipresente de la situación analítica. Adoptar esta definición nos parece que presenta varios inconvenientes. Primero, no todos los fenómenos que incluye se ubican en el mismo nivel. Muchos de ellos son triviales y no proporcionan acceso aprovechable ni privilegiado hacia el inconsciente, sin descartar con ello que un fenómeno auténticamente transferencial e importante se manifieste como trivial en el contenido manifiesto. Otros elementos de esta reacción global se refieren a la función misma del analista, por ejemplo su derecho a contestar o no las preguntas del analizando. Otros, sí pertenecen a la transferencia tal como la

definió Freud en su sentido estricto, como repetición en la situación analítica de situaciones pretéritas de la historia del analizando. A estas últimas conviene jerarquizarlas y darles prioridad en la interpretación. Segundo, la ampliación abusiva del término de transferencia lleva a un forzamiento técnico de ella. Una interpretación formulada sistemáticamente en términos de transferencia llega, en la mayoría de los casos, a ser directamente engañosa, o de todas maneras, a restringir el registro de la comunicación analítica. Al mismo tiempo, le quita énfasis a la interpretación de lo que es realmente transfe- rencial. En tercer término, la técnica del “aquí, ahora, conmigo”, tiende a borrar la dimensión histórica esencial en el proceso analítico. Si todo es transferencia, si toda interpretación tiene que pasar por la transferencia, la exploración histórica — que constituye uno de los resortes esenciales del procedimiento analítico— aparece como un rodeo innecesario, o aun como una huida del analista frente a las situaciones concretas y presentes. Estas exageraciones se manifestaron, hasta hace pocos años entre nosotros, por las discusiones acerca de la legitimidad de las interpretaciones extratransferenciales, por falta de discriminación entre las interpretaciones “dentro de la transferencia” —en un sentido la regla fundamental instituye el análisis como un proceso que se desarrolla dentro” de la transferencia— y las interpretaciones de la transferencia, que, ellas sí, suponen una referencia explícita al analista. En otras palabras, toda una parte muy esencial del análisis transcurre en la mirada de primer grado, enfocada por el analista sobre el analizando y las distintas dimensiones de su temporalidad, e inclusive su transferencia.

El proceso de extensión abusiva alcanzó, con algún retraso, el concepto de contratransferencia como había alcanzado el de transferencia.

Aquí también tenemos que jerarquizar dentro de lo observable, entre la atmósfera de relación humana que acompaña nuestro trabajo con el analizando, los sentimientos callados que despierta en nosotros, con su tónica general y sus variaciones. Las fantasías que despierta en tal o cual momento, nuestra comprensión de lo que está diciendo, y de lo que está callando, el trabajo intelectual que estamos realizando a propósito de él, por un lado, y, por otro lado, los “enganches”, pequeños y transitorios o importantes y cronificados que nos incitan a usar la mirada de segundo grado. A estos últimos, convendría

reservar el término de contratransferencia.

Hemos incurrido en el mismo tipo de error a propósito del concepto de identificación proyectiva y contra-identificación proyectiva que con los conceptos de transferencia y contratransferencia. Es cierto que Melanie Klein, entre 1946 (fecha de la introducción del concepto de identificación proyectiva) y 1960, ha estado ampliando la extensión del concepto en forma considerable cuando en su trabajo, “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”, M. Klein presenta el mecanismo de identificación proyectiva, lo describe como un mecanismo particular, que implica un clivaje pronunciado del “self” del sujeto y una proyección de la parte o del aspecto clivado adentro del objeto con el propósito de destruirlo, controlarlo o asegurar su posesión de parte del sujeto y considera que el proceso resulta en un empobrecimiento de éste. Sólo después extiende el proceso más allá de la posición esquizo-paranoide, describe formas no violentas de identificación proyectiva, e inclusive lo presenta como esencial en la comunicación humana, como fundamento de la empatía que nos permite el conocimiento de otra persona. Resultaba tentador, a partir de ahí considerar el proceso analítico como una sucesión de múltiples identificaciones proyectivas seguidas de reintroyecciones que llevaban a una paulatina modificación del inundo de los objetos internalizados del analizando y de sus instancias psíquicas. León Grinberg, siguiendo a M. Klein, describe con el nombre de contraidentificación proyectiva la reacción del analista a la identificación proyectiva del analizando. El proceso de extensión del significado de los términos implica conjuntamente a la transferencia y contratransferencia, por un lado, y a la identificación proyectiva y contraidentificación proyectiva, por otro, y llega a tal punto que transferencia viene a confundirse con identificación proyectiva, y contratransferencia con contraidentificación proyectiva. Esto constituye un ejemplo muy ilustrativo del modo como los descubrimientos en psicoanálisis se van achatando y desgastando por el uso hasta perder sus límites —y por consiguiente su uso legítimo— dentro de un magma conceptual.

Nuestras formaciones no escaparon a esta tendencia: si bien los fenómenos de identificación proyectiva y de contraidentificación se producen en la situación analítica con mucha frecuencia; no son en absoluto definitorios de su

estructura ni de su dinámica, y menos del trabajo que en ella se lleva a cabo. Ni podría decirse que son suficientes para definir la patología del campo.

Nuestro trabajo tropezaba, además, contra dos dificultades importantes, la primera relativa al sujeto, la segunda al lenguaje.

Una psicología “de dos cuerpos”, decía Balint, y esto procuraba salvar varias dificultades al mantenerse en el nivel más evidente (dos personas hablando en una habitación), “bipersonal” —para designar el campo—, no salva ninguna dificultad, ya que lo más inmediato y fundamental que se despliega en este campo es una situación de *tres*, o triangular.

En realidad, nos faltaba reconocer en toda su importancia el concepto de Lacan, acerca del sujeto. No se trata ni de dos cuerpos, ni de dos personas, sino de dos sujetos divididos, cuya división resulta de una triangulación inicial. La denominación correcta sería por lo tanto la de “campo intersubjetivo”, lo que nos alejaría de la tentación (ya de por sí ajena a nuestra forma de pensar) de objetivarlo. Pero varios problemas se nos plantean entonces: ¿hasta qué punto nuestro concepto de campo depende del mareo temporal clásico en psicoanálisis? (Las cuatro o cinco sesiones semanales, las sesiones de duración fija de cincuenta minutos o tres cuartos de hora.) ¿Qué pasaría si — como lo hace Lacan— quitáramos al campo su mareo temporal determinado? ¿Tiene sentido introducir el concepto de sujeto, y seguir hablando al mismo tiempo de identificación proyectiva? Problemas ineludibles que no voy a intentar resolver ahora.

La segunda dificultad aparece expresada y dejada abierta, sin solucionar, en nuestro primer trabajo sobre el campo. Es el problema de la acción específica de la palabra (en forma de interpretación) sobre la estructuración del campo. Este es precisamente el punto de partida de Lacan en su histórico “Discurso de Roma”. ¿Cómo alcanza la palabra analítica al sujeto si éste le es radicalmente heterogéneo? Y si, como acontece de hecho (si no, no ningún psicoanálisis) la palabra alcanza al sujeto, ¿no es esto prueba suficiente de que éste no le es heterogéneo?

Otra vuelta de la espiral se necesita. Quizá las vías de teorización no sean extrañas a las del proceso analítico mismo, lo mismo que los Cantos de Maldoror no son extraños a los amores del héroe con la hembra del tiburón. El campo intersubjetivo desemboca en la ley del lenguaje, la misma que escribía, desde el origen, el destino de los analizados de Pichon Riviere y de él mismo.

Recibido: 30 de mayo de 1979

WILLY BARANGER (Buenos Aires), miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina, es no de los fundadores y Miembro de Honor de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Formado en Filosofía en Francia, su creciente interés por el campo del psicoanálisis lo ha llevado a convertirse, en los años de su residencia sudamericana, en uno de sus teóricos más destacados, uniendo a la originalidad de su pensamiento un entusiasmo militante y una excepcional capacidad didáctica. Ha publicado numerosos artículos en diversas revistas (algunos de los cuales han sido reunidos en el libro "Problemas del campo psicoanalítico"), así como "Posición y objeto en la obra de Melanie Klein", obra en la que sintetiza muchas de sus enseñanzas.

Dirección: Sevilla 2954, Buenos Aires.